



Núm. 10.

10 de Febrero de 1861.

Año I.

## LEYENDAS

### Y TRADICIONES MADRILEÑAS.

(CONCLUSION.)

#### VI

#### El Cristo de la Paciencia.

**A** tenaz persecucion que por do quiera sufrían en España los desgraciados hijos de Israel; y en especial desde el malhadado establecimiento del Santo Oficio, hiciera nacer en sus pechos el odio mas profundo contra sus tiranos. Ya que no les era dado en público, burlábanse en secreto del culto cristiano, sacrificando tal vez algun inocente niño como víctima espítoria de sus desgracias.

Por los años de 1630 vivían en la calle de las Infantas unos portugueses que profesaban

ocultamente la ley de Moisés, lo que en ciertas épocas del año, y en especial en la Semana Santa, reunidos á otros de sus correligionarios, parodiaban en un Crucifijo de madera todos los ultrajes de la Pasión, que sus antepasados hicieran sufrir al verdadero Cristo, descargándole infinitos golpes, arrastrándole por el suelo con una soga al cuello, etc. Repitióse largo tiempo la sacrílega farsa, hasta que á Dios plugo castigarla con esta ocasion. Reconvénido un niño de la réproba familia por su maestro, por haber faltado á la escuela el día anterior, que habia sido viernes, dió por disculpa haber estado en la fiesta que en tales días solían sus padres celebrar. Y con la candidez de su edad refirió, no tan solo las injurias que á la santa efigie se hacían, sino el pasmoso milagro de haber aquella derramado sangre y hablado en tres distintas ocasiones á los obcecados hebreos, diciéndoles: *¿Por qué me maltratais siendo vuestro Dios verdadero?* Añadió tambien el niño que, intentando sus padres quemar la imágen, la rechazaran las

llamas, pero que habian logrado por fin hacerla pedazos.

Informado el rey Felipe IV, corrió con su esposa y principales cortesanos á certificarse de la verdad del hecho, y se encontraron aun las señales evidentes del prodigio, pues las paredes de la casa estaban aun empapadas con la sangre que el Santo Cristo derramara. Entregados los fautores de tan odioso atentado al terrible Tribunal de la Fé, fueron sacados al auto público celebrado poco despues en la Plaza Mayor, vestidos con la corona y el sambenito, y de allí arrastrados á las afueras de la puerta de Santa Bárbara, donde se alzaba la horrible cruz del Quemadero, y allí reducidos á cenizas.

La casa en que habian morado los reos fué arrasada, y en su solar se alzó una iglesia servida por Capuchinos. Tan solo doscientos años estuvo en pié la devota fábrica, pues la osada mano de nuestro descreido siglo la derribó, ofreciéndonos la estensa plaza de Bilbao en vez del real convento del *Cristo de la Paciencia*<sup>1</sup>.

## VII.

### La voz del remordimiento.

Era una noche negra y tempestuosa. Las sucias y tortuosas calles de Madrid yacian oscuras y desiertas. El silencio que en ellas reinaba era tan solo alterado por los pasos de alguna ronda de capa, que siguiendo á un alcalde de casa y córte, y guiada por una ancha linterna, velaba por la seguridad de los vecinos de la imperial y coronada villa. En derredor del monasterio de San Plácido vagaba un caballero de gallarda apostura, rebozado en un rico ferreruelo, y mirando con precaucion á su alrededor. Certificado de no ser observado, acercóse cautelosamente á la puerta del pacífico asilo de las vírgenes de Dios; y dió dos palmadas. En el momento cayó á sus piés una llave, abrió una pequeña puerta y penetró resueltamente. Los intentos del osado mancebo eran

<sup>1</sup> En el Museo Nacional existen algunos cuadros referendos á este hecho.

no menos que sorprender y arrebatarse á doña Ana de Vargas, la mas bella, la mas pura de las nobles jóvenes que ceñian su rostro con la blanca toca de las novicias de San Plácido. Guiado por una infiel sirvienta, llegaba el enamorado galan á muy pocos pasos de su amada..... cuando el canto religioso de los difuntos le detuvo y llenó de terror. Iba á huir, cuando se presentó á su vista toda la comunidad, que en forma de procesion y con sendos cirios encendidos se dirigia á la celda de doña Ana. Poseido de un terrible vértigo, tuvo apenas tiempo de ocultarse tras el tapiz que cubria una puerta. Mas habia sido observado por la anciana abadesa, que acercándose al asombrado jóven, le dijo con acento severo: « Por mucho que os escondais, el ojo de Dios os vé...., hé aquí la que buscais. » Y llevándole de la mano, le mostró á doña Ana, muerta y rodeada de blandones.—¡ Dios mio! ¡ Será posible! gritó el desdichado jóven.—Si, añadió la prelada; aquella que tan pura como hermosa encendia aun hoy vuestra pasion culpable, es ya no mas que polvo, nada..... lo que sereis vos mañana!...

Al dia siguiente, los numerosos cortesanos de Felipe IV que llenaban la suntuosa antecámara del palacio del *Buen-Retiro*, aparentando un cariño é inquietud que estaban lejos de sentir, se comunicaban con misterio noticias sobre la salud de S. M., algun tanto alterada aquella noche, y lamentando la órden dada de no penetrar en la estancia real nadie mas que el célebre conde-duque de Olivares. Presentóse por fin el famoso valido, que traia en su mano algunos despachos que el rey debia firmar, y de los que le dió brevísima cuenta. Entre ellos habia un memorial presentado aquella misma mañana por la abadesa de San Plácido, tia del conde-duque en que suplicaba al rey alguna ayuda para costear un reloj de que carecia el monasterio. El ministro leyó el decreto que al costado de la peticion escribiera: « En vista de la penuria del Erario real, no ha lugar. »—No, dijo el rey interrumpiéndole; es mi voluntad dotar á ese santo convento de un escelente reloj, que desde luego quiero se construya á mi costa; pero su campana antes de dar la

hora, habrá siempre de tocar á muertos.—No os comprendo, señor.—Es un misterio que me pertenece, y que no revelaré jamás; básteos, duque, saber, que siempre que llegue á mis oídos el eco de la campana del reloj de San Plácido, resonará también en mi corazón *la voz del remordimiento*.

Nicolás Castor de CAUNEDO.

## LA MADRE,

### CONSIDERADA COMO PRECEPTOR NATURAL.

Dios coloca el niño, al venir al mundo, en el seno de una familia, centro y escuela de la vida social, para que acogido bajo el amparo de la bondad, experimente la dulzura de las tiernas afecciones, se inicie en los deberes y venera la virtud.

¡Nada hay que pueda compensar esta enseñanza!

Los sencillos placeres que le entretienen; las contrariedades que le afligen; los pesares á que está llamado á sentir y á causar, que es mas doloroso, no puede corregirlos su débil espíritu ni su sencillo corazón.

Este cuidado es esclusivo de la madre.

Por medio de la simpatía, que es el intérprete del cariño de la madre y el hijo, establece aquella sus relaciones; por solo ser madre es la mas entendida de los maestros y hace de su tierno infante el mas aventajado de los discípulos.

Ella le comunica las primeras ideas y aviva en él los primeros sentimientos, emprendiendo su educacion desde el momento que le dá á luz.

La ternura ó severidad de sus miradas, la dulzura ó severidad de su voz, conmueven la infantil alma, y revelan á cada instante movimientos de cariño ó de despecho, de alegría ó de pesar, manifestaciones exteriores de la inclinacion natural, y que completamente abandonada formaria, es indudable, el carácter del hombre.

En la sonrisa de la madre lee el niño la misericordia del cielo, y en su ternura descubre la aurora de una providencia de amor y de cariño.

Las madres se suelen ocupar con predileccion de los antojos y entretenimientos de los niños, que constituyen, su vida, en el primer periodo, movidos por un instinto natural, porque comprenden que de la acertada direccion de esas afecciones ó pequenezes, como los califican malamente algunos, depende la grandeza ó ruindad futura de sus corazones.

«Un beso de mi madre me ha hecho pintor,» decia. Benjamin West. Porque habiendo sacado en su juventud el retrato de uno de sus amigos que estaba durmiendo, apercibida su madre de la infantil produccion, estrechó al jóven artista entre sus brazos y le besó con frenesí.

Esa expansion del cariño maternal fué la suerte de su vida.

«El porvenir de un niño, decia Napoleon I, depende siempre de su madre, y no cesaba de repetir que á la suya debia su brillante fortuna.

Ocupándose un dia con madama Campan de los antiguos sistemas de educacion, y de sus muchos defectos, la dijo ¿qué falta para que las niñas sean bien educadas?

—Madres, le contestó madama Campan.

Esta respuesta hizo esclamar al gran capitán del siglo con su fácil y rápida concepcion:

—¡He ahí todo un sistema de educacion! Pues bien, añadió, haced madres que sepan educar á sus hijos.

Y la puso de directora del colegio d' Ecouen, tan célebre despues.

Formar madres dignas de este nombre debe ser el principal cuidado de los que dirijan la educacion de las niñas.

Como toda muger está destinada por la naturaleza á ser madre, debe conocer las conveniencias del marido y los deberes y obligaciones para con este y la familia, porque al casarse el hombre es una compañera la que busca, y no una artista que sepa cantar, bailar y

adornarse tan solo con primor; estas cualidades físicas han de ir acompañadas de las morales, quiere un ser que pueda aconsejarle y refrenarle, que sepa sentir y juzgar, reflexionar y discernir, hablar y discutir; una compañera que pueda ayudarle en sus ocupaciones, desvanecer sus inquietudes, calmar sus pesares, purificar sus gozos, fortalecer sus principios y sobre todo, educar sus hijos.

La madre se ocupa de la dirección y educación de sus hijos durante los doce primeros años de la vida, que es el período más favorable á la educación, en particular de la mujer; durante este reciben las impresiones más duraderas, se contraen los hábitos y se forma el carácter.

Si es florida la inteligencia de la madre, si es rica y fecunda su memoria de variados conocimientos, ella sabrá encontrar los resortes de su espíritu y los innumerables medios de escitar y satisfacer la curiosidad de sus jóvenes discípulos, de desenvolver y fortificar su entendimiento.

Con el auxilio divino de la palabra, les familiariza en las grandes verdades morales y religiosas y hace nacer en sus sencillos pechos, todos los nobles gérmenes de la humanidad.

Hemos de hacer notar, con todo dice un célebre moralista, que las mujeres más distinguidas por sus conocimientos é ilustración, no

son siempre las más apreciables en la vida doméstica: las cualidades morales, superando ó estando al nivel de las intelectuales, dan á una madre el poder de estender su bondad á los que la rodean, y de ejercer una benéfica influencia en los inocentes corazones.

Si la madre se impone el deber de grabar profundamente en la frente de sus hijos el sello de la virtud, esté bien segura que la mano del vicio no lo borrará jamás.

La educación de la mujer debe ser radical; el progreso de la civilización, despreciando las pretensiones de la fuerza física, no admite la especie de inferioridad que se desterró con el cristianismo; la mujer es igual al hombre, es su socio y toma parte activa



La Madre.

va en los trabajos más importantes de su vida.

Los conocimientos, pues, de la mujer deben estar al nivel de los del hombre, deben elevarse á las exigencias intelectuales y morales del siglo, y en una palabra, la mujer ha de ser tan útil, apreciable é instruida, como amable, cortés y virtuosa.

Debe adquirir un grado de inteligencia que la haga capaz de prevér, pesar y determinar con equidad las circunstancias de las cuales depende su felicidad y la de su familia.

¿Cómo una mujer casquivana, irreflexible, podrá educar sus hijos? ¿Cómo discernirá lo que les conviene? ¿Cómo les expondrá la vir-

tud que desconoce y de la cual no tiene la menor idea?

No sabrá mas que reñirles ó mimarlos; los educará insolentes ó soberbios, y les enseñará maneras indecorosas que la sociedad reprueba.

Los beneficios de la educacion no brillarán debidamente en la muger hasta tanto que se sienta sobre bases sólidas como la del hombre.

La muger está dotada de las mismas facultades que este, debe ser por lo mismo objeto de igual cultura social; no requieren sus conocimientos una estension tan basta, pero deben ser mas variados.

Por regla general tiene el hombre vocacion á un ramo del saber al que consagra sus estudios mas serios; la muger, por el contrario, no puede fijarse porque solo Dios sabe la suerte que le está reservada al tomar estado, y por esto debe educarse de modo que se doblegue sin violencia ni pesar á las exigencias de su incierto porvenir, y que sea capaz de iniciar á su joven familia en los diversos ramos de instruccion.

Sus facultades morales é intelectuales deben ser cultivadas con igual cuidado para acostumbrarla á comprender los importantes deberes que le impone la sociedad y la naturaleza.

La instruccion que adquiere el hombre solo le aprovecha á él, las mas de las veces, en tanto que la que posee una muger es útil á sus hijos.

Podriamos citar varios hombres eminentes que como Benjamin West y Napoleon I; deben su celebridad al cuidado y á las luces de sus madres.

Si dotais á la muger de ese poder inmenso é incontrastable, por medio de una acertada direccion, no dudeis que os recompensará, centuplicando el bien recibido de vuestras manos, conduciendo las venideras generaciones á esa perfeccion moral con tanta constancia y solicitud buscado por los filósofos, y que convertirá el hogar doméstico en un paraíso terrenal.

Faustino BASTÚS.

## EL NIÑO Y EL PERRO.

(CONCLUSION.)

V. .

No se habian pasado ocho dias de este suceso, cuando vieron en los campos Eliseos pasear al niño pordiosero hecho un elegante jovencito, con su hermosa melena rizada, su gorrita de terciopelo, su chaqueta de corte escocés, su corbata de grandes lazos, y cuanto es necesario al atavío de un niño de su edad.

Sultan le seguia con una gravedad que parecia decir:—Hemos mejorado de suerte.

A poca distancia un anciano daba el brazo á su hija, la bella Luisa, que ya conocemos por su caridad sin limites, y á la izquierda de éste iba el caballero español D. Adolfo de Rivera, prometido de Luisa, y á quien hemos visto cuando llegó á París y encontró su perro.

—Esta criatura siempre está llena de escetricidades, decia Mr. Hit mirando el niño y el perro, que marchaban delante de ellos. Se ha empeñado en que ese rapazuelo nos acompañe á todas partes, como si formase parte de nuestra familia. Vea V. al fin un miserable, sacado de la hez del pueblo. ¿Qué se dirá de nosotros?

—Silencio por piedad, padre, dijo Luisa. Adolfo y yo hemos convenido en ello; y si ese infeliz oyera, que porque ha hecho lo que hizo Jesus para darnos ejemplo de su humildad y pobreza, le desdeñamos tratándole de miserable y vagabundo, su hermosa alma sería herida de muerte, comprendiendo al fin lo que su corta edad acaso no haya conocido todavía,—que el orgullo de los ricos podrá ofrecer una limosna, pero no hermanarse nunca con los desgraciados. Padre mio, tened entendido que donde quiera que se alberga la virtud está la verdadera elevacion y nobleza, y que la posicion mas brillante no limpia la mancha que cae en un escudo.

—Oh! quién no la ama! exclamó arrebatado Adolfo. Qué bellas serian todas las mujeres si poseyesen un corazon como el de Luisa!

—Por lo menos, amigo Rivera, podeis pre-

parar para cuando mi hija sea vuestra esposa, algunos miles por año que ofrecer á los pobres; pues aunque su dote es crecido, si dais pábulo á su extraña generosidad, no bastará nada.

—Llevo una esposa, contestó Adolfo, que en lugar de pedirme galas para adornar su hermosura, me exigirá limosnas, que sabrá dar gozoso mi corazón.

Luisa es un traslado de las damas españolas. En mi país, Mr. Hit, si vais á las iglesias, hallareis multitud de niñas pobres precedidas de nobles señoras, que las llevan al lugar de las oraciones y la piedad á que aprendan los sábios consejos de nuestra Religión. Estas señoras no se avergüenzan de sus discípulas: las acompañan con gusto, reflejando en sus rostros la felicidad que produce el bien.

Oh! qué escenas mas tiernas he presenciado en esas clases donde la aristocracia se confunde con el pueblo para enseñarles á amar á Dios y á cumplir con los deberes sagrados del mundo!

Estos ángeles del bien visitan la morada del pobre con frecuencia, llevándole consuelos humanos y divinos.

Qué hermosa es una mujer cuando emplea las horas de su vida en hacer bien!

Tarde asoman las arrugas á un rostro que nunca tuvo deseos de agradar sino por los hechos de su alma.

—Bien! bien! dijo Mr. Hit. ¿Mi hija es una jóven de esa especie, no es cierto? Pues mañana se firmarán los esponsales, y vivid, hijos míos, para amarnos y hacer bien. Me he convencido que esta es la felicidad.

Ya viene hácia nosotros ese rapazuelo. Amigo, hizo su fortuna. Parece todo un señorito.

—Padre, si ese niño ha hecho su suerte, á su buen corazón lo debe. Él salvó al perro del naufragio, y nosotros lo salvamos á él.

Rogelia LEON.

## LA LITERATURA EN LA MUJER.

### I.

#### Rogelia Leon.

La Señorita Doña Rogelia Leon, es una de las poetisas, cuya hermosa frente se halla ornada por la doble aureola del génio y la virtud.

Voy á ocuparme de su vida y á presentar á nuestros detractores el bellissimo ejemplo de sus virtudes, para probarles lo que ya he repetido en la introduccion de estos artículos, que la literatura en la mujer es conveniente y necesaria para hacer de ella un ángel de amor y de paz que inunde de felicidad y consuelo á los seres que la rodean.

Rogelia Leon nació en Granada el año de 1832, y como todas las que recogen sobre su frente las primeras brisas de la encantadora Alhambra, recibió del cielo como don sublime un alma tierna y sensible, un corazón noble y generoso y una imaginacion entusiasta y poética por excelencia.

Sus abuelos, ricos y nobles, sufrieron contrariedades terribles en la revolucion del año 12, en términos de legar bien escasa fortuna á los padres de Rogelia; así es que al nacer esta, solo contaban con una medianía, y no fué recibida en el mundo con la pompa que requería su ilustre apellido, sino con los besos de una madre tierna y cariñosa cual ninguna.

Empero no la hizo falta la grandeza y el fausto para educarse con delicadeza y esmero. Desde muy tierna edad frecuentó los colegios mas distinguidos. Estudió el francés, el dibujo, la música, demostrando una pasion irresistible por las artes. Apenas tenia edad para discernir, cuando se la veia detenerse delante de un cuadro de Rafael Zurbarán ó Murillo, y quedarse estasiada largo rato en su contemplacion.

Su sensibilidad era tan grande, que las emociones se sucedian unas á otras en su infantil corazón, en términos que tenia siempre alterada su salud. Así es que su dulce y buena madre, con aquella prevision y delicadeza que siente toda mujer que ama á sus hijos, procu-

raba apartarla de los sitios donde pudiese recibir impresiones fuertes, pero ella aficionada en extremo á todo lo bello y grande, no perdonaba medio de ver aquello mismo que la hacia sufrir. Tal eran la representacion de los dramas románticos; que por aquella época se desarrollaron, causando no poco daño á la inesperta y sencilla juventud; pues así como el sentimiento eleva los séres y los engrandece, la exageracion de sentimentalismo destroza los corazones con heridas que suelen hacerse incurables.

Cuando el diablo mundo de Espronceda empezó á hacer furor, la niña lo adquirió sin consentimiento de sus padres, y con un afán indecible se embriagó en su lectura, aprendiéndole casi todo de memoria. Entonces quiso sentir como el descreido autor y empapada su tierna alma en la amarga filosofía del vate, empezó esa lucha con la religion y la fortuna.

Si hubierais visto entonces á esta niña, os habria compadecido el estado de su alma. Lloraba sin tener edad todavía de conocer la amargura. Su mirada era triste, su color pálido, su contestura enfermiza, era una naturaleza sin desarrollar, con un corazón gigante que deseaba adivinar, tras la cortina de los cielos el por qué de las miserias del mundo.

Siendo Rogelia colegiala de *Santa Cruz*, sufrió un día una humillación de una señorita aristócrata que le disputó un sitio, diciendo: «A mí me corresponde, soy rica y noble y tú no.»

La niña elevó sus ojos al cielo y rodaron dos ardientes lágrimas por sus mejillas. Estuvo todo el día triste y pensativa, y cuando volvió á casa por la noche, en vano la halagaron sus cariñosos hermanitos y sus buenos padres. Una nube de melancolía oscurecía su frente y su sonrisa era fría y amarga.

A nadie reveló su sentimiento, hasta que mas tarde, viéndose en el Liceo de Granada aplaudida con entusiasmo por la multitud, dijo á su madre por lo bajo, con voz conmovida y temblorosa: «esto creo vale algo mas que el oro y los títulos con que la señorita C..... me echó en cara en el colegio de *Santa Cruz*.

Entonces su madre comprendió cuanto ha-

bia sufrido aquella inocente criatura con el rasgo de orgullo de una niña ignorante y vana. Pero, ¿quién sabe? quizá esta ocurrencia fué uno de los móviles que hicieron á Rogelia mas grande y sublime, pues el verdadero génio suele ser apático casi siempre y necesita estímulos muy fuertes para ostentarse en su grandeza. Desde aquel día no hubo jóven mas aplicada ni que ganase mas premios en toda clase de labores.

En geografía, gramática y retórica, no la aventajó jamás ninguna de su clase, por eso son hoy sus escritos un bien acabado modelo digno de estudiarse con detencion.

Apenas salió del Colegio cuando empezó á concurrir á la academia literaria del Liceo: allí fué donde se despertó su alma á las grandes impresiones de la poesía.

El gran novelista y poeta Fernandez y Gonzalez, arrebatada entonces en la tribuna con sus valientes, atrevidas y gigantesas ideas. Allí le oyó y admiró: allí vió tambien al dulce vate Salvador de Salvador, al elegante Roda, al profundo Gimenez, al clásico y conocedor Arambide, al elocuente Nieto y á otra porcion de vates granadinos, honor y prez de la morisca Andalucía.

Cuando oyó los aplausos, cuando vió los laureles que arrojaban á aquellos insignes trobadores, cuando percibió la inefable aureola de la gloria, Rogelia lloró de entusiasmo, de alegría y sintió palpar su pecho con una emocion estraña.

La segunda noche que presenció estos triunfos, al retirarse á casa se encerró en su cuarto y veló hasta la aurora; cuando saludó á su familia por la mañana, tenia los ojos hundidos y las mejillas pálidas como la muerte. La preguntaron si se sentia mal, y respondió que nunca habia estado mas satisfecha de sí misma.

Con efecto, hizo su primer composicion que leyó en la sesion siguiente: su primer composicion puede decirse, pues aunque antes emborrataba papel escribiendo versos, eran casi sin concierto ni sentido, y aquella ya era una verdadera poesía, que arrebató en extremo, y

por la cual fué llamada á la escena con marcadas muestras de general entusiasmo.

Desde entonces leyó en todas las sesiones y cada vez arrebataron mas sus bellísimos pensamientos. No contenta, quizá con esta gloria, se distinguió sobremanera en el arte de la declamacion. Hizo piezas de difícil desempeño en el Liceo; entre ellas *La mujer de un Artista*, y nada dejaron que desear.

Combatida su salud de nuevo por esa tisis del alma que padecen los grandes seres, cuando el espíritu domina á la materia, no pudo seguir este bello arte y se decidió esclusivamente á la literatura. ¡Dedicarse! ¡mal he dicho! Robar horas al sueño y al descanso, es lo que pudo su deseo, y es lo que hace generalmente la escritora española, que tiene en mas sus deberes de mujer que sus triunfos de literata. Ocupábanla con tal asiduidad sus faenas domésticas y al cuidado de sus padres y hermanos, que las mas veces hacia sus composiciones con lápiz en la tabla del costurero ó dejando á cada paso las mallas, los bordados y los encajes.

La costumbre de estar siempre ocupada, llegó á ser en ella una necesidad hasta el punto que jamás puede hallársela ociosa un instante. La noche y el dia son para su incansable actividad, un solo intervalo, que ocupa tenazmente con un ardor sin medida.

Cuando se la pregunta por qué tanta laboriosidad, responde: Porque no me suceda lo que dice en aquellos versos mi célebre amigo Alarcon.

Desde que el tiempo no mato  
El tiempo me mata á mí.

Con efecto, sino ocupase su imaginacion cuanto la es posible en distintas labores, ya la hubiera hecho sucumbir la vivacidad de su ardiente fantasía; y si así no fuese, ¿cómo soportaria su vida aislada y severa? Su casa se asemeja á un claustro; y son muy raros los amigos que toman asiento en aquel santuario de la virtud.

Ella ama tanto la soledad, que jamás la ve-

reis en un paseo público: el recogimiento y la modestia naturales y propios en una jóven bien nacida, la replegan al fondo de su hogar, no habiendo pisado jamás esos centros de reunion donde apenas hay señoras, y las pocas que las frecuentan son llevadas de un amor propio exagerado y de una inmodestia ridícula.

Rogelia Leon es la personificacion viva y elocuente del pudor y la moralidad. Consagra todas las horas de su vida á sus ancianos padres, encontrando mas placer en las palabras tiernas y cariñosas que estos la dirigen, que en las lisonjeras y vanas alabanzas que pudieran murmurar á su oido los almivarados galanes que rodean doquiera á la jóven casquivana que corre de reunion en reunion, abandonando su deber por buscar la adulacion y los placeres.

La pureza de su alma y su immaculada virtud, se refleja en todos los actos de su vida, tanto que desde su edad mas tierna se admiraron en ella los sentimientos mas bellos y generosos.

Cuando alguno de su familia está enfermo, se la vé constantemente á la cabecera de su lecho como una sombra benéfica en las horas de la noche, sin que sus pasos hagan ruido ni se perciba su aliento entrecortado por la vigilia y el dolor.

Así sus padres y hermanos la aman con tal delirio, que les seria imposible sobrevivir á su pérdida. Es el cielo que refleja en el techo paterno; es mas que el alimento, es el aire, el sol y la luz para su familia, que miran en ella un ángel de amor, que se sacrificaría, si fuera necesario, para hacer la felicidad de sus padres y hermanos. Ella comparte su cariño entre ellos; y los pájaros y las flores á las que tiene una aficion estremada, y sobre todo á los libros.

Sus pensamientos son filosóficos, profundos; así lo aseguran personas de razonado criterio, que han leído sus artículos científicos, distinguiéndose los que llevan por título. *El verdadero Talento*, *La Amistad*, *Los Celos*, *La Envidia*, *El Llanto* y otros muchos.

Hombres de nombre y letras, la consultan por su instruccion y talento, así como la res-

petan y aman por sus evangélicas virtudes y su ángelical modestia.

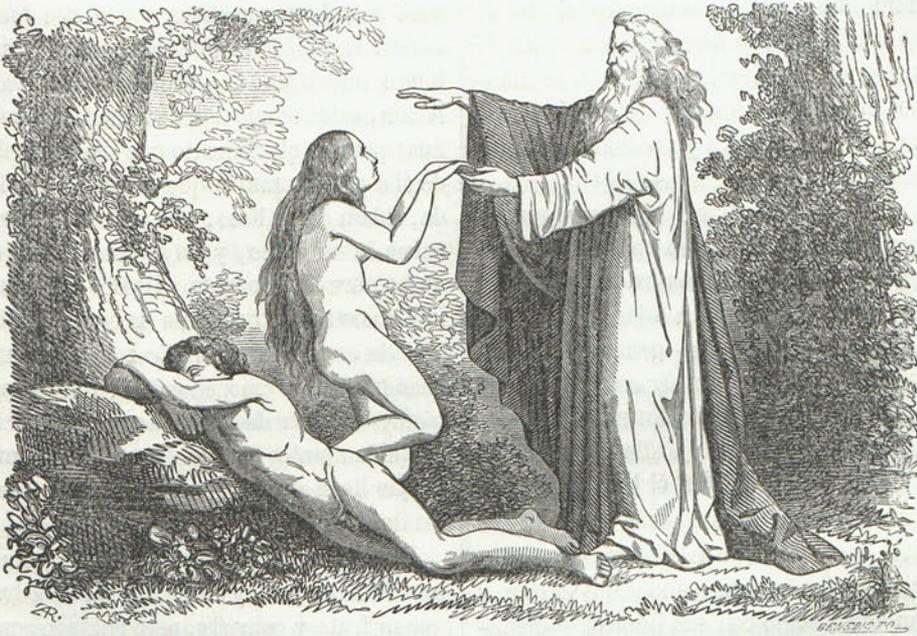
El que haya leído sus obras, la reconoce apenas la habla por primera vez. Es uno de aquellos séres que como dice Lamartine, después de conocidos puede desafiar á que se les olvide. ¡Ah! no es posible olvidarla, porque la ternura de su acento y lo dulce de sus palabras,

suenan siempre en el oído como una música embelesadora.

Indulgente y bondadosa, siempre encuentra disculpa para los defectos de sus amigos ó extraños, siendo en extremo severa con los propios.

(Se continuará).

Faustina Saez de MELGAR.



Eva en la Creacion.

### EVA EN LA CREACION.

La grande obra de la Creacion se realiza en seis dias, dias que son de una duracion indefinida; pero que bien pueden llamarse otras tantas manifestaciones de la Omnipotencia. Y en verdad, solo un Dios grande pudo romper las espesas tinieblas que cubrian la faz de los abismos, creando esa luz con que se alumbran los espacios inmensos. Haya luz, dijo Dios, y en el momento y en virtud de su palabra fué la luz. Dios con su dedo omnipotente levanta las inmensas móles de aguas, que se encontraban amontonadas, y dividiéndolas y haciendo separacion entre ellas; hace que salgan Cielo, Mares y Tierra. Para que hubiese día y noche pre-

para dos grandes lumbreras: Sol y Luna. El Sol como lumbrera mayor, la destina Dios para que presida, alumbré y hermosee al día; la Luna como lumbrera menor, la destina para que alumbré en la noche; y para que los Cielos aparezcan maravillosos y bellos, los siembra de estrellas, cuerpos celestes que hoy las ciencias modernas nos dicen ser otros tantos mundos habitables. Por mandato de Dios las aguas obedecen y producen peces, siendo múltiples sus producciones, y cada uno según su género; son también infinitas y variadas las especies de aves y pájaros que vuelan en el espacio y que nacen y se multiplican á la voz de Dios. Dios manda á la tierra que produzca animales, todos de alma viviente; y la tierra obedece y en ella se producen y reproducen todo género

de animales y cada uno según su especie. Esa vegetación progresiva que se continúa y se repite, cuentan ser maravillas de la Creación, y Creaciones de un poder infinito. Estando el Mundo así ordenado y preparado por la sabia providencia de Dios, llega el momento en que aparece la criatura más noble de la Creación, este es el hombre, que aun cuando polvo de la roja tierra, su vida es el soplo del creador, la hechura más grata á sus ojos, como que es criado á su imagen y semejanza, le dota de una inteligencia superior, le dá el ser, el conocimiento, el amor y libertad; porque le destina como su representante y sacerdote, á ejercer dominio sobre las criaturas.

Dios vé en fin, que todas las cosas que ha hecho son buenas; en esto se complace y descansa en el día séptimo, y por esto lo bendice y santifica. Llama entonces á Adam y como en libro abierto le enseña las generaciones del cielo y de la tierra. En un hermoso Eden que desde un principio Dios había formado allí, coloca al hombre. ¡Hermoso jardín que encierra la vegetación más bella! En él hay árboles de todas clases, cuyas frutas además de ser gratas á la vista, son suaves al paladar y sanas para la nutrición. Cuatro ríos caudalosos riegan y fertilizan aquel suelo con sus limpias y cristalinas aguas; ríos que van describiendo maravillosas curvas y ofreciendo belleza en su carrera; ríos que aun cuando son cuatro, todos son uno; pero que luego que han formado madre propia y se han abierto carrera distinta, han recibido los nombres el primero de *Pison*, que es el mismo que circunda toda la tierra de Hevilath, en donde nace el oro, y también se encuentran preciosas producciones: el segundo río lleva el nombre de *Gehon*, el mismo que circunda toda la tierra de la Etiopía: el tercero lleva el nombre de *Tigris*, y el cuarto de *Eufrates*, ambos son ríos de mucha nombradía en la historia, y que se reúnen con el nombre de *Schat-et-Arat* para desaguar en el golfo pérsico. Contemplando Dios á Adam en este jardín de todas delicias y que es tan hermoso, no quiere que esté solo; que en la Creación esté sin una ayuda semejante á él. Ciertamente que

todavía faltaba una belleza, que diera armonía al mundo fisiológico, faltábale á Adam una compañera, una mujer, esta es Eva. ¿Pues sabéis cómo Dios procura para Adam esta compañera que ha de compartir con él todas las galas de la Creación? Maravillosa fué la formación de Adam, pero no lo es menos y de grande estudio la formación de Eva. Dios manda un dulce sueño á Adam, y ya que está dormido, saca una de sus costillas y con ella forma la mujer. Como Dios había rellenado de carne el hueco que dejara la costilla que fué sacada de Adam, este cuando despierta nada echa de menos; pero en el momento que Dios pone delante de él á aquella mujer que acaba de ser formada, Adam dice: Esto, hueso de mis huesos, y carne de mi carne, y así se llamará mujer que de hombre fué tomado. Desde este momento Eva como mujer de Adam se une á él, sirviéndole de compañera en la Creación, y como aun cuando dos son uno en carne, ambos participan igualmente de las galas de la Creación, y continúan juntos en aquel hermoso Edem, hasta que llega el fatal momento en que abusan de los dones de Dios.

El Criador había dicha á Adam: De todos los árboles que hay en este paraíso podrás coger su fruta y comerla, pero cuidado con tocar al árbol de la ciencia, del bien y del mal: porque en el día que comas de él, morirás. Pudiendo Adam y Eva, merced al libre albedrío, amar al Criador y nunca haber desestimado su precepto, escogen el peor medio, que es olvidarse muy pronto de él, concluyendo por infringir el único precepto, que como su Dios Criador les impone. Hay dos fábulas mitológicas, jóvenes lectores, muy conocidas; la fábula de Pandora y de Prometeo, que son una copia exacta del papel que desempeñaran Adam y Eva en la Creación. Pandora es una joven inocente y adornada con todos los dones del Cielo, es depositaria de una caja que se le prohíbe abrir; pero que cediendo á la curiosidad, desobedece y al momento todos los males salen de la caja y se esparcen sobre la tierra, y solo queda en el fondo de la caja una cosa: *la Esperanza*. Eva, divina hechura, y luciendo

todas las galas de la Creacion, deberia ser en hermosura incomparable, jóven é inocente, era su condicion en el estado de inocencia y del primer cielo en que por Dios estaba constituida como fiel compañera que era de Adam, ella la depositaria del privilegio de Creacion: el diablo, el caudillo de los ángeles rebeldes, envidioso por tantos dones como embellecian la existencia de nuestros primeros Padres, traza el modo de desconcertar este estado de felicidad; para ello se precipita desde el Cielo como un relámpago, toma la forma de una culebra, y en el tronco de un grande árbol del paraíso, allí se enrosca; y como astuta aguarda el momento, en que pasa Eva, y la dice ¿Por qué no comeis vosotros de la fruta del árbol de la ciencia del bien y del mal, y sí de todos los demas árboles del Eden? El haceros Dios esta prohibicion, es porque el día en que comais fruta de este árbol, vosotros sereis Dioses tan poderosos como él... no temais morir por comer fruta de este árbol. Entonces Eva cediendo como Pandora á la curiosidad acaricia aquella idea en su razon, y por último corre, vuela, coje y come de la fruta prohibida; hace gustarla á Adam, y en el momento se aperciben que están desnudos, y ven perder toda su inocencia; y enloquecidos corren en busca de la felicidad que momentos antes disfrutaban; pero se encuentran con el Dios Criador que viene á tomarles cuenta y decirles: La tierra será maldita por lo que acabais de hacer y solo á fuerza de gran trabajo sacarás de ella lo suficiente para manteneros en todo el curso de vuestra vida: ella producirá para tí espinas y abrojos y tú te alimentarás con las yerbas de la tierra; ya la naturaleza ha dejado de estar sometida á tu imperio; comerás el pan con el sudor de tu rostro; volverás á la tierra de que saliste. Polvo, á polvo volverás.

Resultando que Adan es el *Prometeo* de la fábula, grande personificacion de la humanidad que quiso arrebatarse su secreto á la divinidad, quedando al momento su arrogancia castigada; y Eva es la virgen formada por Júpiter, para esposa de Prometeo, mujer que Hesiodo dice fué una fatal obra maestra, una funes-

ta maravilla, un bello mal; porque cual Pandora fué la causa de todos nuestros males. Quedaba con todo, como en el fondo de la caja de aquella *la Esperanza*. Dios que si bien es justo, es tambien misericordioso; viendo á Adam y Eva, quienes entre ambos componen dos Mundos, uno en el dolor y otro en el arrepentimiento, les promete un Redentor, que es la esperanza, en que vienen viviendo las generaciones; cuya esperanza se realiza en Jesucristo, la segunda persona de la divina trinidad, y el Encarnado en las purísimas entrañas de una virgen, la criatura mas hermosa y mas bella que dió el Mundo de la Creacion. Esta carisimos lectores es María, el mas bello antitesis de la Eva antigua; porque como habéis visto, Eva pareciéndole todavia pocos los dones con que el Criador la adornaba, queriendo todavia ser mas grande; escucha: El sereis como Dioses, que silva la serpiente; María, cuando las Magestades de los Cielos parecen estar de rodillas delante de ella, aguardando su resolucion, como la mas humilde de las criaturas abre sus labios para decir: ¡Eh aquí la sierva del Señor!.. y mas tarde canta: Dios depuró á los soberbios de su acierto para ensalzar á los humildes: por último; Eva levanta altares á la soberbia; y María ora humilde al pie de ellos.

Casimiro CLAVIJO.

## CUENTOS AZULES.

### I.

#### La ociosidad.

Antonio volvió de la escuela, y en vez de ponerse á estudiar sus lecciones, se entretuvo en pensar en cómo no haría nada. Despues de meter un ruido diabólico, de enfadar á la cocinera, de saltar sobre las sillas y de romper cuatro ó cinco platos, concluyó por sentarse, bostezar y decir:

—Cómo me fastidio!

Miró al techo, contó las moscas que en él había, luego contó las de los ladrillos, y por fin se decidió á cazarlas, como si le hubiera costado mucho imaginar tal diversion.

Púsose con un anhelo tan decidido á cazar los pequeños insectos, que nada le hacian, que pronto dejó la habitacion sin ninguno; y entonces, al ver que se iba á aburrir de nuevo, ideó prolongar su distraccion, introduciendo un papelito enroscado en el cuerpo de una pobre mosca.

Mucho se rió el gracioso niño del éxito de su plan; y fuerza es convenir que la pobre mosca hacia tales conatos para librarse de su situacion, que hubieran dado lástima á otra persona diferente que Antonio, pues este, lejos de compadecerse de ella, con un pañuelo la azoraba, mortificándola en extremo. Por fin, la mosca debió ver una ventana abierta, porque por allí se escapó, dejando boquiabierto al atolondrado niño.

La mosca, furiosa, fué á posarse sobre un infeliz gato que estaba en el patio calentándose al sol, y que al sentir el hormigueo del papel se levanta y se rasca; pero al ver que la tenaz mosca no cede se rasca de nuevo y la ahuyenta del cuello á su cabeza, y de allí el ciego insecto pasa á rozarle un ojo con el papel. El gato, rabioso de dolor, da un maullido, y se lanza frenético á la calle, donde araña á un perro desdichado que se entretenia en roer un hueso. El perro chillaba, corre y atropella á una viejecita, que cae, y una redoma que lleva en la mano le hiere en la cara; un hombre que llevaba una tabla con bollos en la cabeza, no ve á la pobre mujer, tropezando, cae y tira la tabla con los bollos. Entonces un cochero que venia por la calle quiere contener el ímpetu de los caballos de un carruaje, para no atropellar á los caidos; pero al reprimirlos ásperamente, con esa sacudida tan brusca, fué lanzado desde su asiento á las piedras del arroyo. Allí todo era ruido y confusion; el perro ahullaba, la vieja gemía, el bollero lloraba y el cochero suspiraba.

Por fin vinieron unos guardias civiles y pusieron un poco de orden.

La vieja y el cochero fueron llevados al hospital.

El bollero se quedó sin su hacienda, y quizá su mujer y sus hijos se moririan de hambre por faltarles el pan, como tambien los del pobre cochero y la vieja, si los tenían.

Pero aun hubo mas.

La vieja, como dijimos, llevaba una redoma, y precisamente en esta redoma debia traer una medicina para el padre de Antonio, que estaba muy enfermo, y de quien era criada. La madre del niño, al ver la tardanza de la viejecita, intentó mandar á buscar la medicina al portero; mas ¡oh fatalidad! la criada se habia llevado la receta, y fué preciso aguardarla, tardase lo que tardara. Pasó una hora y otra, y la vieja no volvia. ¿Cómo habia de volver la infeliz, si sucedió lo que sabemos? Pero la madre de Antonio, que lo ignoraba, sufria mucho esperando, porque la salvacion de su esposo estaba en la receta anhelada; y así fué que al venir el doctor, dijo que por haber descuidado sus preceptos era preciso administrar al enfermo, y pocos dias despues murió este.

—Ay! pobre hijo de mi alma! exclamó la viuda abrazando á Antonio; ¡qué va á ser de tí! Faltándote tu padre, te faltó tu porvenir. Ya no somos ricos, ya no tenemos amigos, ya somos pobres! Pobrecito! En tempranos años, cuánto tienes que trabajar para ganar el sustento para tí y para tu madre!...

—Mamá, mamá, dijo Antonio, no te apures; sé que el trabajo produce la dicha, y la ociosidad la desgracia; no te apures, mamá; trabajaré, seré honrado, no haré mal á nadie, y Dios nos protegerá.

La madre abrazó á su hijo, y el hijo colmó de besos á la madre.

Antonio dijo sus últimas palabras, porque al saber que la vieja estaba en el hospital, como era bueno, fué á visitarla, y entonces, al saber que un perro la derribó, pronto supuso que el origen de tantas desgracias no era otro que él, pues vió al gato arañar al perro y á aquel hostigarle la mosca.

Antonio fué dichoso, porque se arrepintió, y al contar hoy su historia á sus hijos, les dice:

«La ociosidad no produce sino desgracias; el ocioso se entretiene casi siempre en hacer mal á los que no lo hacen á él; y estos, agobiados por el mal, son tambien malos, y siembran tanto daño, que por fin viene á recaer en la cabeza del ocioso! Mirad, hijos míos, que la Providencia hoy no hace milagros; pero hace tales casualidades, que no se pudiera concebir sino viendo en ellas el dedo de Dios.

Francisco de ESPÍNOLA.

## Á LA CONDECORACION DE LAS BANDERAS DE INGENIEROS

CON LAS CORBATAS DE SAN FERNANDO.

Laurel honroso, que orna del  
vencedor los estandartes.  
*Duque de Frias.*

Oh númen de la gloria, tus coronas,  
Eterno prez, con que la noble frente  
Del artista, del sábio, del valiente  
Afable galardonas,  
Son al humano corazon mas gratas,  
Que la esperanza al ánimo doliente.  
Menos á mustias flores  
Consuela blanda lluvia  
Del abrasado agostó en los ardores.  
Mas halagüeños son tus verdes lauros,  
Que el dintél saludar de pátrios lares,  
Al que gimió en las líbicas arenas,  
Lanzado por la saña de los mares  
A la oscura mazmorra y las cadenas.

Avido, como Griego, de un renombre,  
Que á los siglos atónitos asombre,  
Consigue el grande Apeles  
De la gentil Ciprina  
Realzar con sus mágicos pinceles  
Las gracias, la belleza peregrina.  
Cual boreal aurora, que fulgura,  
Celeste inspiracion baña su mente;  
Y el divino pintor de la hermosura,  
Venturoso presente,  
Que sus cuadros sublimes, inmortales,  
Al tiempo y al olvido superiores,  
Serán por sus primores  
De la envidiosa eternidad rivales.

A vista de las ondas irritadas,  
Circundado de bárbaras legiones,  
Osa Cortés quemar sus galeones,  
De América en las playas apartadas.  
Los indios con su encono y su bravura,  
De infieles compañeros la falsía,  
Todo contra su esfuerzo se conjura,  
Todo, todo su empresa contraría.  
Mas la voz escuchando de la Fama,  
Que ha de llevar sus inclitas proezas  
Desde el ocaso al reino de la Aurora,  
Su amor pátrio se inflama,  
Hasta ondear con su constancia suma  
La enseña de Castilla vencedora  
En la imperial mansion de Motezuma.

¿Veis del dolor en el amargo lecho  
Al mísero Cervantes, cuya cuna  
Las Musas arrullaron á despecho  
De su adversa fortuna?  
Aquel hidalgo pecho  
No creais rasgue con puñal agudo  
Despiadado pesar. Mirad sus ojos,  
Radiantes de Alegría,  
Al dejar á la tierra sus despojos;  
Previendo que algun dia  
Aclamarán ya justas las naciones  
Su ingenio sin igual, su nombradía.  
¡ Tanto complace á generosas almas  
De la gloria alcanzar las nobles palmas!

Decidlo, ó entusiastas Ingenieros,  
Vosotros que ya veis por el Oriente  
Los resplandores asomar primeros  
De la antorcha fulgente,  
Que acrecentó su brillo y su hermosura,  
Al sonreir al castellano imperio;  
Para solemnizar vuestra ventura,  
Para patentizar á un hemisferio  
La digna recompensa,  
Que á tanta lealtad y á tanta hazaña  
Benévola dispensa  
Isabel de Borbon, Reina de España.

Ese de adoracion signo sagrado,  
Que entre verdes laureles  
Hoy en vuestro pendon luce esmaltado,  
Como la rosa, honor de los vergeles;  
Recuerda el alto nombre y los trofeos  
Del santo vencedor de los infieles.  
Del heróico Fernando,  
Cuya fulminea espada  
A innumerables huestes arrollando,  
Arrojó á la morisma rebelada  
De Córdoba y Jaen, Murcia y Sevilla,  
Hasta los torreones de Granada.

Sobre las ruinas inclitas de Augusta,  
 Que el Universo nombra,  
 «Emula de Sagunto y de Numancia,»  
 Alzarse veo la sublime sombra  
 Del bravo Sangenis, terror de Francia.  
 Mientras del Pirineo en la alta cumbre,  
 Imitando su ejemplo,  
 Aparecen los mares ya aplacados  
 De Zorraquin insigne, cuya fama  
 De la inmortalidad brilla en el templo.  
 Dichosos campeones,  
 Que al contemplar su laureada enseña  
 Con los nuevos blasones,  
 Saludan á Isabel con faz risueña.

Quando al combate roncós escitaron  
 El rudo parche y el clarín de guerra,  
 ¿En qué llano, en qué sierra  
 Los fieles Ingenieros no lucharon?  
 Ved tremolar sus flámulas invietas  
 De la antigua Gerunda en las murallas,  
 Oprobio de las huestes imperiales,  
 Triunfadoras en cien y cien batallas;  
 De Bailen en los campos inmortales,  
 En Alcañiz, La-Albuera,  
 San Payó, Badajóz y Talavera.  
 Do quier en fin, en que su justa saña  
 Mostró rugiendo tu león, ó España,  
 Y erizando su indómita melena;  
 Las vieron ondear tus enemigos,  
 Raza valiente, que engendrará el Sena,  
 De su alta gloria con dolor testigos.

Ni fué de su renombre el campo solo  
 De la ibera nación el vasto suelo,  
 Que en las zonas también del yerto polo,  
 Siempre cubiertas de marmóreo hielo;  
 Cuando ceñudo en su funesto carro  
 Muerte y asolación pregonó Marte,  
 El Ingeniero desplegó bizarro  
 Su espléndido estandarte,  
 Después que ante su audacia sobrehumana,  
 Y militar pericia sin segunda,  
 Que dirigió el intrépido Romano,  
 Los muros vacilaron de Stralsunda.

Mas luego que las víctimas de mayo  
 Su gemido exhalaban lastimero,  
 Como al rimbombe atronador del rayo  
 Sorpréndese el viajero;  
 Atónitos del Cid los dignos hijos  
 Allá del septentrion en las regiones,  
 Oyeron de la España encadenada  
 La suplicante voz del infortunio,  
 Entre sollozos de dolor ahogada.  
 ¡Oh espectáculo bello y admirable!

Langeland asombrada  
 Los contempló del Báltico en la orilla  
 Humillados de hinojos  
 Ante el pendón morado de Castilla,  
 Empapados en lágrimas los ojos;  
 Cuando al Dios de sus padres prometieron,  
 A pesar del rigor del hado infausto,  
 Tornar al seno de la madre Pátria  
 Sus vidas á ofrecer en holocausto.  
 Juramento sagrado, que bien pronto  
 Arrostrando las olas  
 De enfurecido ponto,  
 Cumplieron en las playas españolas;  
 Derramando á torrentes  
 Los patricios valientes  
 Su sangre generosa  
 En los aciagos montes de Espinosa.

Al agitar después al pueblo ibero  
 La furia de las luchas intestinas,  
 ¿No admiró el Trocadero  
 Serenos, impertérritos lidiando  
 A uno y otro ingeniero,  
 Las colosales fuerzas despreciando  
 Del invasor ejército extranjero?  
 Bendición y loores  
 A Hierro y á Parreño malogrados,  
 De Eurialo y de Niso imitadores.  
 A Hierro y á Parreño denodados:  
 Mancebos dignos de mejor ventura,  
 Que en merecido premio  
 De su amistad y juvenil bravura,  
 Cual tierna madre recibió en su gremio  
 Abrazados y en flor la sepultura.

¡Oh! si el Númen sublime,  
 Que á los bardos inspira,  
 Al describir horrores de la guerra,  
 Diera á mi ruego su robusta lira,  
 Admiración del cielo y de la tierra,  
 Solo entonces mi acento,  
 Tronando cual retumba por la sierra  
 El sordo silbo de huracán violento;  
 Solo entonces podría en digno tono  
 Cantar las lides, los asaltos fieros,  
 Que dieron, Isabel, los Ingenieros,  
 Por defender tu combatido trono.

Bañadas por la luz del claro día,  
 Esas banderas desplegadas al viento;  
 Esas banderas, que el honroso polvo  
 Conservan todavía  
 Del noble campo de la lid sangriento.  
 En letreros terribles  
 Con hierro y fuego escritos,  
 Mirad, mirad visibles

Los memorables nombres de Luchana,  
Mendigorría, Montalban, Ramales,  
Castellote y Morella;  
Y entre tantos recuerdos inmortales,  
Ved cuán graciosa y fúlgida descuella  
De una Reina de amor la cifra bella.

Traed á manos llenas  
Las flores del desierto solitarias,  
Emblema del dolor y de las penas,  
Para adornar las urnas cinerarias,  
Glorioso monumento,  
Donde yacen Rodríguez y Novares,  
Clavijo y otros ciento.  
No apague no, su esclarecida fama  
En vuestros corazones  
De sensibilidad la ardiente llama;  
Y una lágrima pura  
Sobre sus funerarias inscripciones  
Derramad, Ingenieros, de ternura.

Quiera Benigno el Cielo  
Oír los votos de la Pátria mía,  
Que en pos de tanta sangre y tanto duelo,  
Solo ferviente ansia  
El bálsamo divino del consuelo.  
De oro y azul y purpurina rosa  
Sus alas tienda leves  
El ángel bello de la paz hermosa;  
Y cobijando á la infeliz España,  
Como tierno cobija  
Amante padre á desolada hija,  
Enmudezca por fin la adusta saña  
De la Discordia atroz. Abra el averno  
Su mas horrible espantadora sima,  
Do encadenado gima  
El cruel mónstruo en alarido eterno.

El sólio entonces de Isabel augusta  
Se ostentará de gloria radiante,  
Como brilla en mitad de su carrera  
El ástro rutilante,  
Digno fanal de la celeste esfera.  
Entonces tornará la Pátria mía  
Gozando del sosiego mas profundo  
A recobrar ufana su valía:  
Aquel su poderío sin segundo,  
Que mostró un tiempo con ventura tanta,  
Cuando á su escelsa planta  
Se prosternaba silencioso el mundo.

Gaspar BONO SERRANO.

## PONER LA CENIZA EN LA FRENTE Á ALGUNO.

Es lo mismo que humillarle, vencerle, excediéndole en alguna habilidad ó poniéndole en forma en una disputa; recordar su poquedad y ninguna importancia.

Es tomada esta expresion proverbial de las terribles palabras que pronunció Dios contra el primer hombre al arrojarle del Paraiso. *Memento homo*, le dijo, *quia pulvis es, et in pulverem reverteris*.—Génesis, cap. III, v. 19.—«Recuerda, hombre, que siendo polvo ó ceniza, á ser polvo tornarás;» y lo que se lee en el libro del Eclesiástico, cap. X, v. 9:—*Quit superbis terra et cinis?* «De qué se ensoberbece el que no es mas que tierra y ceniza?»

La Iglesia, para recordar á los fieles el sentido de estas palabras, practica todos los años el dia primero de cuaresma, ó sea el miércoles llamado por esto de Ceniza, una ceremonia imponente, reminiscencia de la antigua y rígida disciplina eclesiástica, poniendo en la frente de los cristianos que se acercan á recibirla un poco de ceniza bendecida, repitiéndoles al mismo tiempo el sacerdote que la ministra, las notables palabras del Señor: *Memento homo, quia pulvis es, et in pulverem reverteris*.

V. Joaquín BASTÚS.

## PENSAMIENTOS Y MÁXIMAS.

Hay solo un punto indivisible, que es el verdadero lugar de ver los cuadros, los otros son ó demasiado próximos, demasiado altos ó demasiado bajos. ¿La perspectiva lo señala en el arte de la pintura; pero en la verdad y en la moral, quién lo fijará?—*La Religion*.

(Pascal).

—Los placeres son los asesinos del género humano.

—El corazon humano solo conoce dos estímulos: el honor y el interés.

## EL BILBOQUETE.

El bilboquete tiene verdaderos títulos de nobleza pues el antiguo historiador l' Etoile dice que Enrique III gustaba de él tanto como sus pajecillos. Decayó de esta privanza: pero la casualidad, que es la que constituye la dicha de los juegos y también de los negocios serios, quiso que á mediados del reinado de Luis XV tomase tal boga, que los elegantes de mas alto tono, con la espada al lado y el sombrero de plumas, llevaban á donde quiera su bilboquete de marfil; y aun sobre el mismo teatro Yfijinea y Semíramis se presentaban con su bilboquete; tan generalmente adoptado estaba su uso.

El bilboquete se compone de una bola de marfil ó de madera del tamaño de las de villar, y á veces mucho mayor; de un palito de madera ó de marfil, de cinco á seis pulgadas de largo y del grueso del dedo pequeño. El cordón atraviesa la bola, metido por la parte mas ancha del agujero, y detenido allí por medio de un nudo; y la parte que sale de él por el extremo opuesto, se sujeta en medio del palito, uno de cuyos extremos es puntiagudo, y el otro cóncavo.

El jugador de bilboquete retuerce el hilo para dar á la bola un movimiento muy vivo de rotacion; pues jirando así se aparta menos de la direccion perpendicular. Despues de hacerla saltar, se la recibe ó en la parte cóncava del palo ó en la punta, que es mas difícil. Pero hay jugadores tan diestros que clavan la bola en cuantas suertes echan.

Se puede jugar entre dos, á quien verifica

mas veces la suerte, dando un número de ellas determinado.

## CUADRO ICONOLÓGICO.

LA ELOCUCENCIA.

## Explicacion.

Una jóven que ostenta una diadema, respirando gracia y majestad, representa la elocuencia. Tan pronto se remonta á las nubes y

arrebata al auditorio con su genio, hace verter lágrimas con su sentida palabra, como volando en alas de la poesía, siembra su camino de flores, y troncha con su pié las que, faltas de color y gracia para sus cuadros, no cautivan, no enmueven, no en tusiasman.



El Bilboquete.

Todos los géneros de literatura le prestan vasallaje, y por eso se la representa adornada de todos los atributos: *el coturno*, por la tragedia griega; *la careta*, por la comedia; *la trompa*, por la poesía heroica, y *la flauta*, por la poesía pastoril.

## ENIGMA HISTÓRICO.

HISTORIA DE FRANCIA, SIGLO XIII.

Se abren las puertas de una prision, y los encarcelados por deudas se precipitan en tropel á los piés de una reina de Francia, á la cual dan gracias por la generosidad con que les otorga la libertad. La reina es hija de España.

(La explicacion en el próximo número.)

Por lo no firmado: el Director, FAUSTINO BASTUS.

Editor responsable: D. Marcelino Martínez.

MADRID: 1861.

IMPRESA DEL COLEGIO DE SORDO-MUDOS Y DE CIEGOS,  
Turco, 11.